

Súper camaleón

La pecera no es un elemento discordante, más bien entona con la sugerida visión oscura de la vida que el decorador nos presenta. Hay algún fluorescente de color blanco azulado, varias estatuillas vudúes – una de ellas muy verosímil - y una lámpara que simula una palmera con dos cocos – uno para cada foquito. Tal vez lo que más me sorprende es una ventana simulada contra una pared. El paisaje es un ocaso y tiene una luz que disminuye o aumenta según la hora del día. Sobre la imagen se han colocado cuatro vidrios, que pertenecerían a dos paneles de la supuesta abertura. En uno de ellos hay unas cincuenta moscas que dificultan ver el sol en el cuadro.

“Es muy interesante cómo siguen volando las moscas después de cinco años que tengo el cuadro. Cuando se terminó de implantar la obra en la pared, se hizo una siembra de huevos de mosca de la carne en el doble vidrio. Habrán sido unos quinientos huevos, no más. De la primera generación quedaron seis moscas vivas, en la segunda tres, en la tercera tres, en la cuarta cuatro. En la generación cincuenta, dos meses después, la población se equilibró entre cuarenta y cuarenta y ocho. Viven del agua condensada entre los vidrios y comen los restos de sus antepasados. Poco a poco se ha perdido el verde del lomo y dejó pasar ese color que se ve ahí. ¿Inquietamente, verdad?”

“Es una progresión de leds lo que da el efecto de la luz del ocaso que crece y decrece. De acuerdo a la hora del día, que obtiene de un timer, prende y apaga las líneas y colores.”

Quiero asombrarlo deduciendo la tecnología aplicada al objeto.

“No. Capta la luz del afuera y por medio de una red neuronal imita los colores del ocaso que ve con una camarita que está ubicada en el techo de oficina.”

“Ajá...”

Me sorprende. Pero vuelvo a la pecera. El camaleón se para sobre la rama seca de un eucalipto. El ojo tapado por un párpado paleozoico no deja saber si está dormido o embalsamado. Muy dentro de mí creo que el animal igual me está viendo. Este no es cualquier camaleón.

“Avatar.”

Saco la mirada del camaleón de mí y enfrento al dueño. Detrás mío el animal sigue los movimientos que hago sin inmutarse. Como si no lo hiciera, quiero decir.

“Se llama Avatar. Esto no es ilegal en ninguna parte del continente americano. Cada cual hace lo quiere. No hay leyes que regulen las almas. Y si tu deseo es transitar por esta experiencia nadie debería prohibírtelo. Pero yo, antes de que me des la plata, te advierto: lo que esperes de esto va por tu cuenta y responsabilidad. Queda así establecido en esta conversación que ambos tenemos, en nuestro libre albedrío, y que queda documentada en la grabación que se registra a modo de documento. Solamente resta que ambos digamos un breve texto. Repetí conmigo: nadie me invitó y nadie me obliga a estar aquí.”

“Nadie me invitó y nadie me obliga a estar aquí.”

“Es mi decisión.”

“Es mi decisión.”

“Listo. Lo único que falta es la plata.”

Saco del bolsillo los billetes. Es la plata del auto. Lo vendí hoy a la mañana en una casa de segunda mano. El levanta el fajo y dice

“Acercate nomás.”

Saca de un baúl que está arriba de la mesita una ocarina negra y sopla una melodía suave y dulce de unos pocos segundos de duración. Cuando giro la cabeza el

prehistórico ojo me está mirando y poco a poco el animal muta, cambia de forma, hasta tener la mía.